

A los hermanos y hermanas de la Diócesis de Osorno y a todos los amigos y amigas de buena voluntad.

Que la justicia y la paz de Dios se hagan realidad en Chile, mientras confiamos en Dios y en el buen espíritu de los hombres y mujeres de esta hermosa y fecunda tierra que habitamos.

1. La explosión social a la que estamos asistiendo es expresión de un malestar social profundo, acumulado de modo creciente desde hace décadas en Chile, y que toca la vida de millones de personas de nuestro país: malestar por el sistema de la salud pública, por las pensiones, por el valor de los medicamentos, por la falta de viviendas, por los problemas de la educación, por los bajos sueldos, por las desigualdades económicas y sociales, por la carga laboral, por la segregación social, por el sobreendeudamiento de las familias, por la delincuencia y la inseguridad, por la situación de los pueblos originarios, por el crecimiento económico con alto deterioro del medio ambiente, por la sobre explotación de la tierra y sus recursos, por la contaminación y las "áreas de sacrificio", por la propiedad y los problemas diversos respecto del agua, por las forestales, por los varios problemas relacionados las mineras, por los problemas relacionados a las pesqueras, por el transporte público, por las alzas de servicios básicos, por la colusión de grandes cadenas, por la corrupción en muchos ámbitos, y por tantas formas de precariedad.... Son muchos los males que afectan a millones de personas; la toma de conciencia fue extendiéndose y la ciudadanía en forma colectiva, y sin precedentes, se armó de valor y salió a gritar a los cuatro vientos que la vida en Chile se hace insostenible y se exige un cambio. Es una **auténtica y justa explosión social provocada por un malestar generalizado** por situaciones que atentan contra la dignidad de la vida de las personas; hay conciencia generalizada de que a la base de todo está el sistema económico, que produce inequidad e injusticia que

afecta a la gran mayoría de la población; también hay un sentir muy amplio de que el sistema político, que es visto como lejano, está al servicio del sistema económico, y no al servicio del bien común que se dice. Un sistema que genera profunda desigualdad, mientras publicita sueños difíciles de alcanzar, provocando frustración. Se trata de un malestar que por décadas no se ha escuchado suficientemente. Por lo mismo, hay una profunda desconfianza en todo el entramado social, sobre todo en la dirigencia política. La inmensa mayoría de los chilenos y chilenas está expresando que ya no quiere seguir en lo mismo, no quiere soluciones parches u "ofertones", sino que quiere y exige un **cambio amplio y profundo**. Hay exigencia de una *nueva res pública*.

Desgraciadamente, todos hemos sido testigos de diversas formas de vandalismo que con violencia inusitada ha destruido servicios públicos, que sirven a todos, y se ha dañado la propiedad de muchas familias causando mucho dolor, daño patrimonial y pérdida de fuentes laborales. Esta acción antisocial es reprobable de todo punto de vista, y no pueden desviar la atención de lo importante.

2. Esta gran explosión social visibilizada en manifestaciones multitudinarias, de las más grandes y transversales que muchas generaciones recién hemos podido observar, no se puede derrochar ni puede derivar en situaciones indeseadas. La ciudadanía pone en crisis el sistema neoliberal que nos rige y pone en crisis al sistema político que para muchos está al servicio de todo el sistema. Las respuestas económicas y políticas deben estar a la altura de las demandas, para no arriesgar una profundización grave de la situación. Por lo mismo, es indispensable que en nuestros dirigentes haya **magnanimidad** de espíritu, **para escuchar** atenta y respetuosamente las múltiples voces que

expresan múltiples demandas, **para dialogar** con los otros representantes de la sociedad civil que no están oficialmente como parte del sistema, y **para viabilizar** dichas demandas. No hay que temer a renunciar a posiciones personales políticas e ideológicas, que son legítimas, pero que no son dogmas, cuando está en juego el bien común de Chile y sus habitantes, más bien debe primar el sentido de justicia, una opción clara por la paz y el sentido de unidad que necesitamos. Aquí nadie sobra.

Es imprescindible procurar una **participación ciudadana amplia, sin exclusiones y organizada** para recoger lo mejor posible el clamor social e inyectar legitimidad a un proceso que puede ser una gran oportunidad para nuestro país y su futuro. Todo indica que la sociedad chilena quiere y exige cambios muy concretos y profundos, de orden económico y de orden político. Es necesario dar pasos hacia **un nuevo pacto social** más justo, **una nueva Constitución**, que exprese mejor el Chile de hoy, sus logros y sus esperanzas, y se sienten así las bases de una nueva república. Como el nivel de confianza en nuestras instituciones es muy bajo y vulnerable, es urgente que nuestros dirigentes políticos den claros y positivos signos de responsabilidad democrática y a la altura de las circunstancias.

3. Pero no sólo de pan vive el hombre sino de toda Palabra salida de la boca de Dios (cfr. Mt. 4, 4) que guía, orienta la vida y el caminar e ilumina la realidad que nos toca vivir para comprenderla mejor, sobre todo en momentos difíciles y cuando pueden sobrevenir muchas tentaciones. Jesús, el Buen Pastor, ha venido *“para dar vida a los hombres y para que la tengan en abundancia”* (Jn 10, 10). Es parte de este don de Jesús, una vida digna para todos, vivida con libertad, con cultura, con educación y con muchas otras cosas... pero, sobre todo una vida en cuyo centro encuentre lugar el Dios de la Vida. Seguramente, desde mucho tiempo, a quienes tenemos

el deber de anunciar el Reino de Dios en Chile nos ha faltado profetismo. Muchas veces nos movemos demasiado bien en el sistema en que vivimos y que muchas veces nos encandila. El sistema en que nos encontramos ha decepcionado una y otra vez y de múltiples formas a muchos de nuestros compatriotas; y también nosotros como Iglesia hemos decepcionado. Nuestras incoherencias, pecados y delitos han llegado a ser un obstáculo, no sólo para cada uno y las instituciones que representamos, sino para el mismo mensaje al que nos debemos y decimos servir. Por esto, muchas de las críticas que escuchamos en estos días también a nosotros nos llegan. Pero somos parte de este mundo y en él somos llamados a sembrar las semillas del Reino. Y desde este reconocimiento anunciamos la misericordia y la bondad del Señor de la vida y de la historia, que nos da la fuerza para decir que **todo sistema que pretenda regir la vida humana y social, sin Dios, es un ídolo con pies de barro** (cfr. Dn 10, 26 – 45), y tarde o temprano se viene abajo. El sistema económico en el que nos encontramos, que en muchos aspectos sobrepone el valor del tener y de la utilidad por sobre el valor de la persona en sí, ha hecho del individualismo, el consumismo y el exitismo una verdadera religión en muchísimas personas y familias; y muchos de nuestros representantes han hecho un verdadero alarde soberbio de todo ello, y particularmente a través de la publicidad. Este estilo de vida chileno ha traído insatisfacción y decepción, y seguirá siendo igual si no hay un cambio profundo en nosotros: en nuestra forma de ser, de pensar y de actuar como personas. Hermanos y amigos: **el olvido o la relegación de Dios de nuestra vida personal y social alejan al ser humano de su propia esencia, lo alejan de los demás en general, lo alejan de su hermano y de su familia, y lo vacían de la fuente de auténticos valores de la vida, y la decepción, el descontento y la tristeza pueden sobrevenir una y otra vez** (cfr. San Agustín). Sí, nos ha

faltado profetismo, pero esta es **una nueva oportunidad para que los cristianos pongamos a Dios y a su Hijo Jesucristo en el centro de nuestra vida personal y comunitaria y con Él busquemos servir a todos nuestros hermanos en la tarea de un mundo mejor.**

En los actuales acontecimientos reconocemos y confiamos en la presencia y la acción del Espíritu, que mueve al ser humano a buscar a Dios, incluso sin a veces reconocerlo, toda vez que da pasos hacia una vida auténticamente humana. Por decenios nos hemos ido acostumbrando a un verdadero triunfo práctico del individualismo, y sin embargo en este tiempo vemos con mucha fuerza signos de sentido y actuar comunitario; vemos signos de sensibilidad y sentir solidario frente a lo que le pasa a las personas; signos de esperanza y alegría ante la frustración, el desaliento y la tristeza de muchos de nuestros hermanos que han experimentado la precarización en sus vidas. Y por ello damos gracias a Dios. El mismo Espíritu que sopla y actúa donde quiere (cfr. Jn 3, 28), es el que nos impulsa a anunciar la Buena Noticia del Señor que quiere la liberación del hombre de todo mal y de toda forma de esclavitud. El tiempo que estamos viviendo, lejos de retrotraernos, es una oportunidad para todos los consagrados por el bautismo, discípulos y misioneros, para celebrar y hacer presente la compasión y la solidaridad de Dios. La justicia querida por Dios para su Pueblo es para todos los pueblos de la tierra, también para Chile. En el pasado, Dios se ha manifestado fuerte y claro ante toda injusticia, especialmente de aquella que golpea al que es pobre y desvalido (cfr. Mt 25, 31ss; Zac 7, 10; Amos, 8, 4 – 14; Santiago 2, 5 – 12). Las desigualdades que llegan a ser escandalosas son una bofetada constante para los más pobres y causan indignación, y para Dios no pasan desapercibidas. Los bienes de la tierra no son para unos pocos, tienen un destino universal. Pero nunca es tarde para corregir; siempre hay una oportunidad para cambiar, y no hay

que dejarla pasar. Dios es misericordioso y compasivo, lento a la ira, rico en piedad y leal (cfr. Salmo 145) se complace con la justicia y se revela contra la injusticia y la orfandad en que quedan los huérfanos, las viudas y los pobres por parte de sus semejantes. No podemos esperar que Dios esté con nosotros si nosotros nos olvidamos del pobre; es mentira que amamos a Dios si no amamos a nuestros hermanos (cfr. 1Jn 4, 20). La injusticia genera violencia; la paz llega sólo con la justicia.

Que la Buena Noticia de Jesucristo, que es la justicia y la paz de Dios entre nosotros, ilumine, anime y acompañe nuestros procesos sociales como nación. A todos los hermanos y amigos: "nunca se desanimen, no pierdan la confianza, no dejen que la esperanza se apague. La realidad puede cambiar, el hombre puede cambiar" (Papa Francisco). Chile debe cambiar para mejor. No dejemos de orar por Chile y sus habitantes. Que María nuestra madre interceda por nuestra Patria.

La paz y el bien del Señor a todos y todas.

Jorge Concha, OFM
Administrador apostólico
Diócesis de Osorno

Osorno 25 de octubre de 2019.-